

CORRIENDO... COMO ALMA QUE LLEVA EL DIABLO CRÓNICA DEL DESPLAZAMIENTO FORZADO A UN HOMBRE NEGRO

Adriana Martínez.

Historiadora e Investigadora.

Estudiante de Comunicación Social Universidad del valle.

Jorge Caicedo.

Comunicador social.

Docente Escuela de Comunicación Universidad del Valle



Vela Zanetti, José. Rostro de mulato. 1960

Tomado de <http://lozzanoart.blogspot.com/2009/06/vela-zanetti.html>

CORRIENDO... COMO ALMA QUE LLEVA EL DIABLO¹ Crónica del desplazamiento forzado a un hombre negro

Desplazar... desterrando, arrancando y destruyendo;
Migrar... sin querer, arrimado y aguantando;
Buscar... sin quehacer, reclamando y lamentando;
Llegar... recuperando, levantando y arraigando.²

Jonier es un hombre parecido a cualquier otro, nada tiene de particular; ni siquiera su piel oscura marcada por el sol, el trabajo y las huellas de riñas pasadas y que ahora contrasta fuertemente con la de otros hombres y mujeres que como él han madrugado con la esperanza que hoy sí, esa puerta metálica se abra y los dineros y las ayudas que promete el Estado, por radio y televisión, llegue hasta sus vidas y, de alguna manera, termine con sus dramas. Son las 9 de la mañana, el hombre ya ha completado cinco horas aguantando el duro frío matutino de Bogotá y desde hace una hora la oficina de la Red de Solidaridad Social que queda diagonal al Archivo Nacional, se supone, debería estar funcionando. Este, parece, será otro día perdido.

Jonier está acompañado, sin saberlo, por José, otro hombre negro como él. Tienen casi la misma edad pero nunca han cruzado palabra. Sus vidas están marcadas por desgracias casi iguales pero más allá de las dos o tres veces en las que han coincidido en la fila, sus universos no saben que existe el del otro. Ellos, con sus corotos, sus familias y sus sueños estancados hacen parte de los más de tres millones de seres humanos que son el producto de la migración forzada o el fenómeno del desplazamiento, que llaman otros, y que es hoy el mayor problema humanitario que afecta a la Nación colombiana. Ni Jonier ni José sienten que sean culpables de nada, pero sin querer hacen parte de algo muy grave que viene de tiempo atrás y que se sustenta en la disputa, aún no resuelta, por la posesión de la tierra rural, por parte de unos cuantos, que a su paso deja como sus víctimas más reconocidas a las poblaciones de origen campesino, los habitantes de los municipios rurales y a ellos, las minorías étnicas.

¹ Texto revisado para la edición No. 2 de Historik. Fue publicado por primera vez en la Revista Ciudad Vaga. (mayo de 2008). No.3. Cali: Escuela de Comunicación Social de la Universidad del Valle (Publicación impresa con ISSN 1909-7581)

² PARTRIDGE, William. Editor. 2000. Reasentamiento en Colombia. Banco Mundial. Alto Comisionado de Naciones Unidas para Refugiados (ACNUR). Red de Solidaridad Social. Corporación Antioquia Presente. Colombia. Pág. 289.

Jonier vivía en la costa Pacífica en un pueblito a la orilla del río Tapaje y a unos cuantos metros del océano. José se levantaba cada mañana y en la distancia podía observar imponentes a las murallas de Cartagena, las cuales pocas veces pudo visitar para no molestar a las autoridades y su negocio turístico. La plata no les sobraba pero la tranquilidad siempre fue su compañera. Hoy, nada de eso está. Ahora hacen parte de ese “mosaico territorial”, que se concentra en algunas ciudades del país, derivado de las movilizaciones internas producto de las “violencias” venidas de los extremos de pensamiento que afectan desde hace décadas, sobre todo, a la sociedad civil. A Jonier lo desplazó el miedo a los enfrentamientos entre el ejército y la guerrilla; a José, el miedo a la guerra ajena no le pudo, pero fueron los paracos y sus armas quienes le movieron el piso cuando tocaron a su puerta y le dieron unas cuantas horas para hacerse historia.

Hoy las tierras de ambos son el “botín de guerra” que los grupos ilegales tomaron y que ni el uno ni el otro saben a quién pueden reclamar. Ahora, la palabra tierra es un concepto tan lejano como los lugares de los que vinieron atravesándose medio país y haciendo paradas cortas por el miedo y la falta de solidaridad. Jonier viajó a Buenaventura y estuvo en barrios como el Lleras y la Independencia en donde una bomba que no era para él, le hizo revivir el horror y reanudar el camino; luego estuvo por Cali en el Distrito de Aguablanca, en La Sirena y se quedó en los arenales de Puerto Mallarino; y cuando comenzaba a sentar raíces nuevamente, un megaproyecto turístico y de progreso para la ciudad lo obligó a él y a muchos, de los que llevaban décadas viviendo del río, a salir en medio de visitas diarias de funcionarios que los intentaban expropiar y de redadas nocturnas de hombres armados que nunca dijeron de donde fueron enviados y que querían sacarlos a punta de plomo. Finalmente, con su familia, sus pocas cosas y sintiéndose cada vez menos hijo de este país, arribó un diciembre, hace varios meses, a una casita pequeña y fría en el sur de Bogotá de donde no ha podido volver a moverse

porque el miedo a la misma muerte -que le prometieron en El Charco, su pueblo- ha regresado a tocar sus puertas, y es mejor no dar papaya. José, en cambio, estuvo de esquina en esquina en el centro de Cartagena, luego partió hasta Medellín desde donde mandó traer a su familia, la cual se había quedado resistiendo en medio de oraciones y noches enteras oculta debajo de las camas y de los destrozos que dejaron los ejércitos fachos cuando fueron por la cabeza del jefe del hogar.

Ahora, ambos, están metidos en una rutina que no es la de ellos. No sólo deben luchar contra el frío y la invisibilidad, sino que, y es lo más duro, nada de eso que construyeron con tanto amor, tiempo y sudor, está más allí con ellos, y tal vez, nunca más volverá a estarlo; no importa que el Gobierno en la televisión, con muchas voces y con muchos tonos, diga que el País ahora está seguro, que está mejor. Abrir los ojos y no encontrar las aguas de su río y de su mar y saber que ahora nada de lo que está al frente les pertenece es algo con lo que comienza su calvario de cada día.

Son las diez de la mañana y como en las otras ocasiones José decide no esperar más. Siempre es lo mismo. Cuando llegaron y se apostaron en los semáforos, algunos funcionarios acompañados de policías los visitaron y los convencieron que no dieran ese pobre espectáculo, que se acogieran al programa, de no sé qué cosa, para que pudieran vivir mejor. Entonces, los anotaron en una lista y les dijeron que esperaran, que tenían que pasar por el filtro que deja saber si son o no desplazados por violencia, para lo que es necesario estar en un período de prueba—uno o dos meses—que permita a los funcionarios de estas instituciones de ayuda comprobar la veracidad de su caso. ¿Negligencia, burocracia, abandono o simplemente así de lento es el Estado Colombiano? Ni Jonier ni José tienen la respuesta, simplemente esperaron. Mientras tanto, les dieron una cartilla de colores, bien escrita, que sólo algunos han leído, porque sólo algunos lo saben hacer; y a otros que sí saben, el rebusque no les ha dado tiempo de

realizarlo. En esa cartilla definían muy bien su situación: el fenómeno del desplazamiento individual, familiar o masivo, causado por el conflicto armado interno que vive el país, es uno de los factores que deja a un creciente número de personas en situación de vulnerabilidad. Las personas, familias o comunidades desplazadas de su territorio se ven obligadas a tratar de sobrevivir en nuevos entornos sociales y geográficos, desprovistas de sus redes familiares y comunitarias, de sus referentes culturales y de sus bienes materiales... en ciertos casos, las personas afectadas hacen parte de grupos étnicos - afrocolombianos e indígenas.³ Sí, todo eso está muy cerca de lo que hoy son ellos, pero buenas y precisas palabras que los definan es lo último que necesitan.

José mira a Jonier y con sus ojos lo invita a que desista, que abandone la espera inútil. No hay respuesta. José desaparece en el horizonte de la carrera 6ª en pleno centro de Bogotá y Jonier deja que su mirada se pierda en el aviso de colores de la oficina estatal que aún no se abre. Su cuerpo está ahora en la gran ciudad pero su alma y su pensamiento aún están recorriendo las calles de su poblado. Por momentos vuelve a sentir el aroma del mercado en la placita central de El Charco, en Nariño, donde tantas veces vivió las fiestas patronales en las que luego de madrugar arrullao por los cantos de las matronas, los niños y el pum pum del tambor y de la pólvora, se caminaba su pueblo de arriba abajo vicheando con los amigos, organizando el festival de baile de currulao para los jóvenes, el partido de futbol entre los muchachos azules del Millos (alentados por la escuela que algún día el equipo bogotano tuvo por esas tierras) y los verdes del Nacional (alentados por los paisas dueños del comercio charqueño). Luego cuando la noche caía se sentaba en el malecón a esperar la llegada de las balseadas que, con luces y adornos hechos en cada vereda, arribaban repletos de gente luego de recorrer el río para empezar una procesión (alumbrada con velas y velones y animada con los cantos ancestrales aprendidos tiempo atrás) que luego de caminarse cada rincón del largo poblado terminaba con la misa en la plaza central para, por último, darle paso a la fiesta de luces de los castillos explosionando pólvora para todos lados y moviendo a la gente que feliz esquivaba los proyectiles de colores; todo en nombre de San Francisco de Asís, el santo patrono.

Eran los tiempos en los que la pólvora y el fuego los hacía vivir. Ahora, mientras sea posible, no quieren volver a saber de candelas persiguiendo sus espíritus. Jonier está acá tratando de reconstruir su vida porque sabe que la otra, la que tenía, ya no volverá jamás. Allá en su tierra quedaron algunos otros que, a diferencia de él, se resistieron a salir; algunos otros que han tenido que hacer, lo que los académicos llaman, el rebautizo de sus tierras, las mismas que han dejado de serlo y que ahora son otra cosa. La palabra tierra ha dejado de significar lo que era, no es más que un espacio “de nadie” en el que hoy se está pero mañana quién sabe, y si a eso se suma que el resto del mundo los crea territorios desolados e inhabitados, todos y cada uno de los que decidieron quedarse están condenados al olvido y la muerte; una suerte no muy distinta ni menos dura que la que Jonier vive acá.

³ Red de Solidaridad Social. Presidencia de la República. 2002. País solidario, país posible. Colombia.

Poco a poco, todo lo que fue y tuvo se volvió igual que el humo del pueblo incendiado que dejó atrás cuando agarró su familia, unas cuantas cosas y se vino convencido que cualquier otra realidad era preferible a la tortura y a la muerte que le ofrecían las botas asesinas. Hoy hace parte de una nueva clase habitante de la ciudad. Una que no es homogénea, que es difícil de medir y que pocos acá quieren ver. Las formas de ser y de asumir la vida son tan distintas como los sitios de los que han llegado huyéndole a la explotación, al exterminio y el boleteo que han ejercido los grupos armados del conflicto apoyados en el abandono estatal. Jonier siente que ya no es el mismo. No ha podido volver a sentarse a sus conversas de la tarde ni ha podido volver a escuchar su programa de música de marimba en la emisora comunitaria del pueblito. Las tardes de dominó después de la dura pesca, desde la madrugada y a mar abierto, son ahora cosa del pasado, y cuando lo puede hacer siente las miradas de rechazo de la gente del interior que sigue pensando que los negros no saben hacer más que pereza desconociendo que ese es el justo premio y descanso a una jornada de más de 12 horas batiéndose a solas en su potrillo en pleno corazón del océano. Su mujer no ha podido volver a soñarse un mundo mejor en las tardes de lavada de ropa con sus vecinas en las aguas coquetas del río Tapaje, ni ha podido seguirle apostando al montaje de la escuelita que estaba planeando con el Consejo Veredal de Mujeres y en el cual iban a ayudar los gringos de la Kellogg, los mismos que también tuvieron que salir alertados por las amenazas de la derecha extrema. Sus hijos, difícilmente sabrán algún día lo que es una ronda, un arrullo, un chigualo, un abozao, un dulce de leche pura o el fresco de las aguas del río donde sí era sabroso bañarse, no como el chorro helado que sale de los

⁴ Cubides, Fernando y Camilo Domínguez. Editores. 1999. Desplazados, migraciones internas y reestructuraciones territoriales. Observatorio Socio-Político y Cultural. Centro de Estudios Sociales. Ministerio del Interior. Colombia. Pag. 422.

tubos de la ciudad y al que de vez en cuando se enfrentan en su nuevo hogar improvisado. De la comida ni hablar porque el tapao de pescao, el arroz parao de queso y atún y la crema de viche color curuba, que alguien llamó arrechón, ya comienzan a perder ese sabor que se resiste a salir de su memoria. Ahora, Jonier, su mujer, sus hijos y los tantos otros que comparten su tragedia son simplemente el resultado y las víctimas visibles, aunque “fantasmagóricas”, de la historia de la desigualdad, de las fallas sociales y del abuso de poder de todos los bandos que entraron a “jugar” y a pescar en el río revuelto de un conflicto armado nacional que está por todas partes menos en la cabeza y en el discurso del Gobierno.

La fila es tan larga que Jonier no puede ver en dónde termina. Son cientos de colombianos como él, sujetos normales venidos en su mayoría de los departamentos de Chocó, Cauca, Valle y Nariño, pero también de Bolívar, Caquetá, Antioquia, Cesar, Tolima, Meta, y de casi todo el país porque el desplazamiento forzado cada vez afecta a más y más rincones de la Nación. Todos ellos y ellas enfrentan, segundo a segundo, situaciones anormales como la desterritorialización y el desarraigo; sus prácticas culturales y los procesos de construcción de identidad han sufrido cambios abruptos. La guerra los ha forzado a abandonar su pasado, a entregar su presente al desafío y la soledad, a tener un futuro incierto y muy lejano del que ellos habían planeado. Como lo dijo algún estudioso del fenómeno, la destrucción, en pocas palabras, va mucho más allá de sus efectos materiales: se trata de una pérdida de identidad como individuos, de una pérdida de identidad como ciudadanos y sujetos políticos y de una ruptura del tejido social de la familia y de la y de la comunidad, que produce la sensación de estar completamente a la deriva.⁴

Jonier saca de su morral tejido a mano una botella de agua de panela con leche que ahora no está ni caliente ni fría. No tiene nada para acompañarla pero igual le sirve para mitigar el hambre que dan el tiempo y la espera. El frasquito es el mismo en el que un día envasó un poco del Tumbacatre que sabía hacer su tía Gerardina y que decían que era tan bueno que levantaba muertos -del cuerpo y del espíritu-. De la tía y sus bebidas típicas hechas de viche y de cuanta planta le oliera rico, nunca supo más; de los hijos de ella, sus primos pescadores artesanales como él, de esos sí que menos volvió a saber. Muchas madrugadas ha sentido fuertes deseos de volver a buscarlos, de regresar a su Charco para sentirse otra vez seguro, querido, confiado. Nunca se ha atrevido. Tiene miedo de volver y no encontrar nada. Tiene miedo de volver y tener que sentirse otra vez humillado y expulsado de su tierra. Tiene miedo de regresar y tener que aguantarse la rabia de que otros, que no cultivaron la tierra ni las aguas como él, posean hoy su tierra y le ofrezcan regresársela a cambio de unos cuantos años de trabajo, sin más paga que la esperanza de volver a verla suya⁵. Es la esclavitud manifiesta en nuevas formas. Son las violencias físicas y simbólicas en un país en el que el Estado insiste en decir que acá no pasa nada y que como vamos, vamos bien.

Jonier tiene la certeza que no puede regresar, pero de lo que no está seguro es si ahora donde está, podrá resistir y quedarse. La ciudad le impone dinámicas a las que no ha podido acostumbrarse. Los choques que se generan por la diversidad de formas de vida, entre los llegados y quienes son de acá, parecen abrir brechas imposibles de salvar. Saludos que no se contestan, días que se mueren rápido y que imponen un temprano manto de silencio al que su espíritu no está enseñado; la incomodidad por lo diferente, que se expresa en las miradas de desconfianza y en los cambios de acera de los otros que los etiquetan como delincuentes, como algo que no se quiere acá. Es el limbo. Esa sensación maldita en la que no se es de acá, pero ya no se puede volver allá. Alguna vez alguien le dijo a Jonier en la fila que la culpa grande era del Gobierno, que igual como no había hecho nada para protegerlos cuando los paramilitares los fueron a sacar de sus sitios, acá en la ciudad tampoco hacía mucho para que los dejaran estar. Una mirada fresca y sabia de aquello que, otros han llamado la ausencia estatal, pide a gritos que el Estado colombiano revele las condiciones reales de desplazamiento que sufren las comunidades asentadas en sectores como Ciudad Bolívar en Bogotá, la Comuna Nororiental en Medellín y el Distrito de Aguablanca y el barrio Siloé en Cali. Es urgente una política que contribuya a crear una conciencia nacional y a definir y legitimar de forma concreta y real los elementos para la verdad, la justicia y la reparación de las víctimas de este desplazamiento. El llamado a una verdadera visibilización de esta problemática no es un “invento” ni un “capricho” de antropólogos, sociólogos, trabajadores sociales, historiadores, politólogos, periodistas, y un sin número de grupos sin ánimo de lucro; más bien, es la respuesta a un proceso negativo enmarcado en la “triste y azarosa” historiografía de la violencia nacional que ha sido y debe seguir siendo denunciado como un conflicto sociohistórico y no como un problema de salud pública, que es como siempre ha querido ser visto por quienes manejan los “hilos” políticos y económicos de este país.⁶

⁵ Los desplazamientos masivos de población provocados por los grupos guerrilleros y paramilitares, que son generalmente seguidos de repoblamientos selectivos del territorio que buscan garantizar el establecimiento de zonas seguras para dichos grupos armados, han traído como consecuencia la homogeneización política de las regiones y la total exclusión de quienes no se avienen a reconocer como autoridad a quienes imponen por la fuerza las reglas de juego”. RANGEL P.109-110

⁶ La ONU acaba de plantear en su informe del mes de junio de 2007, que la cifra de desplazados en Colombia alcanza un numero de 3.000.000, según el organismo, tres de los trece millones de desarraigados internos que atendió el año pasado en todo el mundo son colombianos, esta cifra equivale al 23% del total, lo cual eleva al país al indeseable primer lugar en número de desplazados atendidos por la ONU. Tomado del periódico El Tiempo edición del 20 de junio del 2007, Pág. 1-2.

Un carro pasa y se detiene frente a Jonier. En el vidrio bastante sucio ve reflejada su figura y piensa que aunque ahora es uno más en la fila de la eterna espera, antes, en su Charco, era la cabeza visible de lo que se hacía para mejorarle la vida a su gente. Junto con algunos de sus vecinos y compadres, año a año hicieron que la vida al lado del río mantuviera su color. Con esfuerzo y a partir de mingas comunales llevaron la iglesia, el puesto de salud y pavimentaron el muelle. Con la misma fuerza y entereza consiguieron un sitio para montar la plancha de cemento en la que alcanzaron a jugar de todo; con el mismo impulso montaron una emisora de 250 watios que sonó hasta que la callaron y aunque nunca tuvo licencia hizo que más de uno se hiciera oír. Muchos de esos compadres y compañeros de lucha tuvieron que irse pero nunca abandonaron su convicción, hacen parte de la gran cantidad de hombres y mujeres que desde el desplazamiento forzado y desde diversos puntos geográficos del país lograron que el Estado colombiano reconociera su estado. Es desplazado toda persona que se ha visto forzada a migrar dentro del territorio nacional abandonando su localidad de residencia o actividades económicas habituales, porque su vida, su integridad física, su seguridad o libertad personales han sido vulneradas o se encuentran directamente amenazadas, con ocasión de cualquiera de las siguientes situaciones: Conflicto armado interno, disturbios y tensiones interiores, violencia generalizada, violaciones masivas de los Derechos Humanos, infracciones al Derecho Internacional Humanitario u otras circunstancias emanadas de las situaciones anteriores que puedan alterar o alteren drásticamente el orden público (artículo 1 ley 387 de 1997). Claro que para que esta medida fuera tomada en serio tuvo que pasar mucho tiempo en el que miles de colombianos de todas las regiones del país desaparecieron forzosamente o fueron asesinados; una mortalidad selectiva de hombres y mujeres jóvenes, de padres de familia, de madres comunitarias, y de muchos otros que trabajaban y forjaban un mañana para sus comunidades y hogares. Seres que en algún momento de sus vidas llegaron a ser la fuerza laboral y espiritual de sus núcleos

familiares y grupos sociales, y que hoy día ya no están, se hallan “dispersos” por el suelo colombiano; su sangre ha servido para seguir regando las tierras que los actores expulsores de este conflicto siguen ganando diariamente a “punta” de “plomo” y extorsión, ante la mirada “solapada” de las leyes nacionales.

En medio del frío y de la incertidumbre por la espera, una mujer bonita y cargada de papeles ha descendido de un taxi y se ha atravesado toda la larga fila. La mujer bonita, sin mirar a nadie, se ha detenido frente a la puerta metálica y ha sacado un gran manojo de llaves. Es la funcionaria de turno. Nunca antes la habían visto. Unos segundos más tarde aparece un hombre menudo y una niña con el espíritu muy lejos de allí. Ya ha llegado el equipo entero. Hoy habrá atención. Lo importante ahora es alcanzar turno y, si se logra, hallar una respuesta satisfactoria. Jonier no puede dejar de pensar en José, que se fue y se perdió la oportunidad de resolver su problema. Lo que desconoce es que José no puede darse el lujo de estar tanto tiempo en la calle, el solo hecho de presentarse ante la Red de Solidaridad le ocasiona una grave situación de peligro porque en casos como los de él, el desplazado es perseguido por los actores armados hasta el sitio de llegada y asentamiento. Hoy, los días y las noches de José en la Capital son tan aterradoras como las últimas que pasó en su natal Cartagena. El desplazamiento no es un asunto meramente territorial y localizado, es un fenómeno que busca borrar cualquier posibilidad de recuperación de la normalidad en la vida de los afectados y, en ocasiones, busca terminar totalmente con el desplazado; es un mal que condena a hombres, mujeres y a toda su descendencia, y que ha llevado al país a un proceso de fragmentación en el que la población ha tenido que aceptar las reglas de juego impuestas por los ejércitos privados que en cada región se han constituido como poderes de hecho. Allí, la autoridad la aplicaban ellos con sus armas, sus botas y sus macabros caprichos, en una especie de privatización de la seguridad, la administración de justicia y del recaudo del tributo. De igual manera se ha impuesto la retaliación ciega como la

medida de lo justo y la violencia arbitraria como la base del derecho. Se ha entrado en una dinámica de terrores y contraterrores y en un escalamiento de la sociedad de la guerra en la que es la población civil la que paga los costos más altos⁷.

La fila comienza a avanzar tan lento como puede y Jonier no alcanza a ver con exactitud el comienzo ni el final. Concentrado en los dramas que tiene al lado y que pueden ser tan graves o más duros que el suyo, se comienza a hacer preguntas que sabe no tienen respuesta. ¿Hasta qué punto deben ser atropellados los derechos de los hombres y mujeres habitantes de toda esta rica nación, para que el Estado asuma una posición y aporte soluciones concretas frente al desplazamiento de las comunidades? Piensa, también, en las ayudas prometidas: alimentación, atención de salud, alojamiento, elementos de aseo, medicinas, apoyo psicosocial, vestuario, ayuda parroquial, educación, dinero, transporte, asesoría jurídica, obtención de documentos personales de identificación y trabajo. No lo quiere todo, pero con algo que le den podrá estar un poco más tranquilo y podrá recuperar al menos algo de todo lo que perdió, y que a la larga son muchas cosas, como la palabra y su derecho a la misma, los conceptos y los valores de su comunidad, el lenguaje propio y la tradición oral importantes en las comunidades afrocolombianas para la construcción sociohistórica y de identidad, y la posibilidad de habitar el espacio geográfico de las selvas húmedas -el mismo que le daba contexto a su memoria colectiva e individual-. Todo eso, y mucho más, ha quedado atrás convirtiendo al sujeto en “uno” más del “montón” en las “selvas” de asfalto de esta Colombia que no para de “llorar” en silencio por sus muertos. Jonier al igual que José y todos los demás, lo han perdido todo... han ido dejando los “pedazos” de su historia personal y colectiva en los caminos que han recorrido y seguirán recorriendo, como alma que lleva el diablo, para no seguir muriendo.

Son las 11 y 30 de la mañana. Jonier completa siete horas y media despierto, seis de ellas parado en esa fila. Una de las mujeres, no la bonita, ha salido y ha hecho un conteo con su mirada agria y su espíritu aún ausente. Su mano que toca hombros como si tocara bultos de nada, no ha llegado a la humanidad de Jonier. “Se acabaron los turnos” se oye por toda la fila como un susurro uniforme y maldito. El día se volvió a perder igual que se están perdiendo la vida y las oportunidades de Jonier, quien hoy, al igual que en los últimos tres meses, tiene que volver a la casa con las manos vacías pero con la esperanza tan intacta como puede sostenerla; esperanza que trata de no dejar perder porque sabe que es lo único que las armas, el miedo y la desidia del gobierno de este país, su país, no le podrán quitar.

⁷ Rangel Suárez, Alfredo. 2000. Colombia: guerra en el fin de siglo. Universidad de los Andes. Tercer Mundo Editores. Colombia.

Bibliografía consultada

AGUDELO, Carlos Efrén. 2002. Multiculturalismo en Colombia: Política, inclusión y exclusión de poblaciones negras. Resumen de Tesis Doctoral. Populations noires et action politique dans le Pacifique colombien. Paradoxes d'une inclusion ambiguë. Universidad de Paris III, La nueva Sorbonne, Instituto de Altos Estudios de América Latina - IHEAL. París.

BARONA, Guido; ZULUAGA Francisco (Edit.) 1995. Memorias. Primer Seminario Internacional de etnohistoria del norte del Ecuador y sur de Colombia. Universidad del Valle. Editorial Facultad de Humanidades Historia y Sociedad. Colombia.

BONILLA, Heraclio. Editor. Peter J. Bakewell. 1991. El sistema colonial en la América española. Editorial Crítica. Barcelona.

BUSHNELL, David. 1996. Colombia una nación a pesar de sí misma. Editorial Planeta. Colombia.

CASTRO Caycedo, Germán. 2001. Con las manos en alto. Episodios de la guerra en Colombia. Editorial Planeta. Colombia.

CODHES (Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento). ACNUR (Alto Comisionado de Naciones Unidas para Refugiados). 2001. Desplazamiento Forzado Interno en Colombia: Conflicto, Paz y Desarrollo. Colombia.

COLMENARES, Germán. 1973. Historia económica y social de Colombia, Tomo I, 1537 – 1719. Tercer Mundo Editores. Bogotá.

CUADERNOS DE TRABAJO. Culturas, Tiempos y Espacios. No. 1 (memoria social). 1996. Grupo Editorial El Colectivo. Colombia.

CUBIDES, Fernando y Camilo Domínguez. Editores. 1999. Desplazados, migraciones internas y reestructuraciones territoriales. Observatorio Socio-Político y Cultural. Centro de Estudios Sociales. Ministerio del Interior. Colombia.

FRIEDEMANN, Nina S. de; AROCHA, Jaime. 1986. De sol a sol. Génesis, transformación y presencia de los negros en Colombia, Planeta. Bogotá.

LEY 387 de 1997, emitida por el Congreso Colombiano.

MOLANO, Alfredo. 1991. Los años del tropel. Crónicas de la violencia. CEREC–El Áncora Editores. Colombia.

MOTTA González, Nancy. 1995. Enfoque de género en el Litoral Pacífico Colombiano. Nueva estrategia para el desarrollo. Universidad del Valle. Editorial Facultad de Humanidades Antropología y Etnohistoria. Colombia.

OLARTE Rey es, Oscar. 1995. Sociedad y ecosistemas en la llanura del Pacífico. CORPES de Occidente. Colombia.

PALACIOS, Marco y Frank Safford. 2002. Colombia, país fragmentado, sociedad dividida. Su historia. Editorial Norma. Bogotá.

PARTRIDGE, William. Editor. 2000. Reasentamiento en Colombia. Banco Mundial. Alto Comisionado de Naciones Unidas para Refugiados (ACNUR). Red de Solidaridad Social. Corporación Antioquia Presente. Colombia.

RAMÍREZ Falla, Uva. Yuri A. Chávez Plazas y Gladys Molano Beltrán. 2003. Desplazamiento forzado en Colombia, en Tabula rasa. Revista de Humanidades No. 1. Colombia.

RANGEL Suárez, Alfredo. 2000. Colombia: guerra en el fin de siglo. Universidad de los Andes. Tercer Mundo Editores. Colombia.

RED DE SOLIDARIDAD SOCIAL. Presidencia de la República. 2002. País solidario, país posible. Colombia.

RESTREPO, Eduardo. 2003. Entre arácnidas deidades y leones africanos. Contribución al debate de un enfoque afroamericanista en Colombia, en Tabula rasa. Revista de Humanidades No. 1. Colombia.

TOVAR Pinzón, Hermes. 1995. Que nos tengan en cuenta. Colonos, empresarios y aldeas: Colombia 1800-1900. Tercer Mundo Editores. Colombia.

VANEGAS Muñoz, Gildardo. 1998. Cali tras el rostro oculto de las violencias. Estudios etnográficos sobre la cotidianidad, los conflictos y las violencias en las barriadas populares. Ministerio de Salud de Colombia. Alcaldía de Santiago de Cali. Universidad del Valle. Instituto CISALVA. Colombia.